



XIII.

¿SOMOS Ó NO SOMOS SALVAJES?

---

Tomó Dios tierra con la augusta mano  
Del encarnado suelo,  
Y formó el ser humano  
A su divino y celestial modelo;  
Con un soplo inspiró en el rostro frío  
*Alma, virtud, razón, vida albedrío.*  
Era su nombre *Adán*, porte sereno,  
De noble y majestuoso continente;  
Ancho el robusto seno.  
*Moraba el genio en su elevada frente.*

**T**ALES fueron los comienzos de la  
humanidad. Y esto es lo que no  
pueden sufrir los seides del error, á  
quienes nuestro nunca bastante pon-  
derado D. Máximo hace coro, ganoso

de difundir entre el pueblo los conocimientos novísimos, que despojándonos de lo que nos distingue de los otros seres de la creación, pugnan por sembrarnos á ellos, según lo declarábamos en el primer artículo, dedicado al examen del *Darwinismo*, y sintetizado en esta estrofa, con que encabezamos nuestro trabajo.

    Mi padre fué chimpancé,  
    Y mi abuelo orangután,  
    Mi bisabuelo lagarto,  
    Y yo soy... hombre formal.

    Siguiendo el Sr. Fuertes las huellas de Darwin, y en fuerza de la lógica, se ve precisado á afirmar que el primer hombre, ó los primeros hombres, vivieron la vida salvaje: siendo esta una de las razones alegadas por el naturalista inglés y copiada por el extremeño, para persuadirnos y convencernos de que no debemos tener tanto asco al origen *simio*, cuando poco más perfecto es el de salvajismo que nunca podremos eludir.

Entre muchos, bástenos este pasaje tomado del libro del Sr. Acevedo á continuación del transcrito en el artículo precedente.

«Pero esos cráneos, ¿corresponden al hombre inteligente y dotado del don singularísimo de la palabra, tal como aparece en la época inmediata ó cuaternaria? Créese que no, porque esos cráneos presentan todos los caracteres de la raza salvaje; y de aquí, que los darwinistas admitan que el hombre *plioceno* de la California, como el de Europa, es simplemente una especie intermedia, lazo entre el mono y el hombre.»

Y antes que Darwin y su discípulo Fuertes, habían querido *salvajizarnos* los corifeos de la escuela democrática moderna, Rousseau y Helvecio, como que ciertas gentes no aciertan á civilizar sino barbarizando primero á los que hayan de ser el *anima vilis* de sus civilizaciones.

    ¡Qué afición, señor, que afición por el salvajismo!

Como en el último de nuestros artículos demostramos la reciente aparición del hombre sobre la tierra, réstanos ahora probar, que los primeros hombres no fueron salvajes, ni mucho menos, y que el salvajismo se introdujo muy posteriormente en la humanidad, como degradación y retroceso de ciertos pueblos, separados del centro de la civilización.

Empecemos por los cráneos, á los que muestra nuestro Director afición extremada, siquiera en esto, como en otras muchas cosas, se contradiga lastimosamente, desdiciendo en una página lo afirmado en otra.

De los cráneos de Cro-Magnon, dice Hamy: «Una de las cabezas, la de un anciano, lejos de recordar el tipo del mono, ofrece más bien la exageración de los rasgos que distinguen al tipo del hombre del tipo de los antromorfos».

Y Broca no duda asegurar «que es un individuo excepcional» añadiendo: «Pregúntase uno si él acaso no ha

querido que la primera cara de hombre conocida de dicha raza de trogloditas fuera la de un individuo que ofrece algunos caracteres anatómicos excesivos»<sup>1</sup>.

De los cráneos de Stoderthelze, en Suecia, dice Nilson: «Los caracteres anatómicos de estos cráneos, apenas difieren de los cráneos de los tiempos modernos, recogidos en la Europa occidental por los antropólogos.»

Pero donde se ve demostrado el ningún fundamento del salvajismo humano, es en los *Crania Ethnica* de Quatrefages y Hamy; pues que esos sabios prueban que las deformidades cránicas, á que tanto valor se ha querido dar, persisten todavía.

El mismo Quatrefages, en nombre suyo y en el de su compañero, leyó el 2 de Junio de 1873, ante la Academia

<sup>1</sup> Boletín de la sociedad antropológica, 2.<sup>a</sup> serie, T. 3.<sup>o</sup>, pág. 477.

de Ciencias, una exposición, donde se dice, entre otras cosas, lo siguiente: «Los dos estamos profundamente convencidos de que los descendientes de tal hombre hállanse todavía hoy mezclados y enlazados con los representantes de los tipos más recientes. Esta convicción... es el resultado de observaciones muchas veces repetidas... Los caracteres esenciales de la raza de Canstadt son, sobre todo en el hombre, un aplastamiento notable de la bóveda cránica, coincidiendo con una dolicocefalia muy pronunciada; la proyección hacia atrás de la región posterior del cráneo; el desarrollo algunas veces enorme de los senos frontales; la dirección muy oblicua de la frente, y la depresión de los parietales en su tercio postero-interno... Dichos caracteres atenúanse en la mujer... La forma cránica de que se trata *no es por otra parte incompatible con un desarrollo intelectual igual á aquel que va unido con otras formas menos excepcionales*».

»Entre los dolicopticéfalos modernos, figuran algunos individuos distinguidos por su saber, y algunos personajes históricos; Kay-Likke, gentil hombre dinamarqués, que representó cierto papel político en el siglo XVI, San Mansuy, obispo de Toul en el siglo IV, y Roberto Bruce, el héroe escocés. *Estos hechos demuestran una vez más el error grosero en que se incurriría haciendo relacionar con las formas cránicas algunas ideas absolutas de superioridad ó de inferioridad intelectual ó moral.*»

Si no fuera suficiente lo dicho para ver la tontería conque D. Máximo pretende deducir el primitivo estado salvaje de la humanidad de la consideración de los cráneos, que son tenidos por más antiguos, el mismísimo señor Acevedo, nos lo daría hecho y migado en las frases siguientes, tomadas de la página 98, de su ya famoso aunque incógnito libro.

«Es decir, que tratándose del cerebro y sus funciones, es preciso atender

más á la calidad que á la cantidad; y hasta ahora, no hay escalpelo que pueda apreciar cuál es esa calidad representada, no sólo por la naturaleza de la sustancia que forma la masa encefálica, sino por el flúido particular y misterioso que excita la masa encefálica.» A lo que se ve, para el señor Fuertes, el alma está demás.

El mismo en la pág. 181 añade: «No se trata de la *cantidad*, sino de la *calidad*. Cabezas hay, y por lo mismo *cerebros muy pequeños*, y sin embargo, son prodigios de ingenio, de inspiración y de talento; y viceversa, otras cabezas hay muy grandes, y son... el señor Polo lo sabe.»

Todo esto está en oposición con lo que anteriormente había escrito Don Máximo; pero ¿qué le importa al señor Director una contradicción más? Debiera al menos tener presente aquel antiguo adagio que dice: *Mendacem oportet esse memorem*, traducido á nuestro idioma por este otro: *Primero se coje á*

*un mentiroso que á un cojo*. Sin embargo, debemos añadir, en descargo de nuestra conciencia, que no creemos lo haya hecho de mala fe; sino que no se le alcanzó otra cosa.

Aunque, bien considerado, D. Máximo podrá exclamar muy satisfecho: *¿Y á mí que?* La Diputación ha subencionado mi libro, y por lo mismo me importa un bledo de la crítica del *Aviador*, porque si buenos varapalos me da, buenas subvenciones me conceden.

Terminaremos este artículo, con algunos otros datos que aclaren más y más lo desacertado que estuvo el señor Fuertes, al establecer como indudable lo que en el estado actual de la ciencia es insostenible, la remota antigüedad del hombre y su primitivo estado salvaje.

Según *La Nature*, Revista inglesa, correspondiente al 17 de Mayo de 1877, el estudio detenido de las armas de guerra y caza, de hueso y de asta, de los primeros habitantes de la Europa

occidental, lo mismo que el estudio de la fauna que les rodeaba, comparada con la fauna actual, sólo hace remontar el origen de los europeos á algunos miles de años: exactamente lo mismo que enseña la historia.

«Si creemos á algunos sabios, dice Bertrand, la *edad de las cavernas* ha durado, no centenares, sino miles de años, y representa, de una manera general, la primera fase del desenvolvimiento de la humanidad. *Eso son meras hipótesis. Nada hay que pruebe que el trogloditismo haya sido, ni aun en las edades primitivas, otra cosa que una excepción.*

»Algunos filósofos teóricos han pretendido que el hombre había sido en todas partes condenado á pasar sucesivamente, y como por una ley de su propia naturaleza, del estado de cazador nómada al de pastor, luego al de agricultor. *Hasta aquí los hechos desmienten tales teorías, al menos respecto á la Europa.*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Arqueol. céltica y gala. Paris 1876. Prefacio.



## XIV.

## REVELACIONES DE UN BISTURÍ.

El darwinista Beltran  
Quiso dar una lección,  
Haciendo la disección  
De un difunto orangután.  
Empuña con mucho afán  
El bisturi y escalpelo,  
Y entre el cuerpo de su abuelo  
Y el de un hombre bien nacido  
Halló el mismo parecido  
Que entre un burro y un mochuelo.

**A**UNQUE hemos dicho que no trataríamos la cuestión del transformismo desde el punto de vista de la anatomía, embriología y osteología comparadas, donde, según piensan los